

## JOSÉ DE SAN MARTÍN\*

Por **José María de Lorenzis**

Un nuevo 17 de agosto nos congrega para evocar la figura del héroe máximo de nuestra Nación: José de San Martín.

Corrientes, esa provincia bañada por nuestros entrañables ríos Paraná y Uruguay fue su cuna, y Yapeyú, ese paraje entonces poco menos que desértico y dejado de la mano de Dios, fue el entorno para que un chico de pocos años desgajara sus sueños y correrías infantiles, cobijado por la casa paterna regida por un valeroso Capitán de Fronteras, su padre, don Juan de San Martín, custodio y sacrificado defensor de la soberanía de las tierras que un día configurarían nuestra mesopotamia, a quien los Bandeirantes no sólo lo hostigaron permanentemente sino que tuvo que sufrirlos en el triple arrasamiento e incendio de su casa.

Ésos eran tiempos de coraje, angustia e iniciativa, en un lugar donde no existía cobijo en el invierno ni tecnología que paliara el calor del verano, donde las comunicaciones, lejos de la supersónica velocidad de nuestros días y el confort de los transportes y las rutas de las que hoy disfrutamos, quejándonos de pretendidas incomodidades, peligros en lo que hace a la seguridad, y peajes confiscatorios, dependían solamente de carretas tiradas por bueyes y chasques que devoraban distancias a través del campo llano para llevar las nuevas, buenas o malas, de poblado en poblado.

Tiempos en los que los valores permanentes de la fe, el arraigo a la familia, el amor al suelo en que se ha nacido, el respeto por los mayores, la necesidad de instrucción, la convicción del bienestar como fruto exclusivo del esfuerzo y

---

(\*) Especial para *Revista del Notariado*.

el trabajo forjaron el temple de quien hizo de la máxima “Serás lo que debes ser, y si no no serás nada” el norte de su trayectoria.

Se educó en España, y allí fructificó su temple y genio de paladín de la libertad.

Allá peleó contra Napoleón por la libertad y, en definitiva, aquí, en su tierra, y en el contexto de su época, siguió peleando contra Napoleón y no contra el Rey.

Su concepto político de la libertad no fue circunstancial y jamás estuvo atado a intereses personales ni a compromisos efímeros o ambivalentes, porque su ideal nunca tuvo fronteras.

Chile y Perú supieron de su presencia y hoy lo veneran como su héroe y libertador.

Nuestro pueblo, el pueblo de Buenos Aires, lo echó de nuestro puerto, porque la política del momento exigía su sumisión a la precariedad de la anarquía vocinglera del caudillismo imperante, que siempre fue objeto de su desprecio.

Manto de olvido merece la actitud de los gobernantes, quienes privilegiaron entonces la necesidad de contar con que el ejército a las órdenes del Libertador se sumara a las luchas fratricidas que enfrentaban a los argentinos, por sobre el desafío libertario de consolidar nuestra independencia.

Por eso hoy lloramos sobre sus restos y lo homenajeamos como al Padre de la Patria, así como hemos llorado y seguiremos llorando sobre los cadáveres de Belgrano, Moreno, Saavedra, Liniers, Dorrego y los de todos los argentinos de bien que, a través de todos los tiempos y gobiernos, cuando se trató de convocarlos para la tarea de solucionar los graves problemas de nuestra patria, dejaron sus intereses personales, su familia, sus hijos y hasta su salud, para sentir el llamado de la historia y, honestamente, desde su hidalguía y la humildad de sus limitaciones humanas, acometieron la tremenda responsabilidad de la conducción de la cosa pública para que, a la postre, sus aciertos y errores merecieran la crítica vocinglera de la misma sociedad que clamó por su presencia y, a la hora del reconocimiento, alzó las voces autotituladas de los jueces de la verdad que vilipendiaron el honor y el sacrificio de su entrega, los acusaron impune y calumniosamente de aprovecharse del poder público y, cual coro de circo romano, los condenaron, como inexorablemente siguió y sigue ocurriendo, a la burla y al desprecio de sus conciudadanos.

La historia, que es lenta y sabia, revirtió aquel desprecio y, tardíamente, como lo hacemos siempre en nuestra tierra, reconoció la grandeza de su genio, y hoy los veneran como sus héroes y ejemplos de ciudadanía.

La injusticia de ayer no es menor que la de hoy y, así, la figura ejemplar de José de San Martín debe ser el ámbito de reflexión en el que los argentinos de este siglo, aprendiendo de los errores de los del siglo pasado, sepamos mirar con respeto el sacrificio de nuestros gobernantes, sean del signo que fueren, asumiendo nosotros, en el contexto de las urgencias de las dificultades de hoy, la realidad del reconocimiento de haber disfrutado de muchas décadas de prédica de derechos que dilapidaron talentos en aras de la simpatía del camino del

facilismo, antes que la antipatía sensata de la exigencia de la austeridad de la asunción de obligaciones innegables.

La figura del General San Martín nos convoca hoy a la reflexión por los valores olvidados y, al mismo tiempo, al desafío por el rescate del sentido común perdido para que, en los hechos, comencemos a transitar el camino del abandono de la queja inoperante y la prédica de quimeras facilistas y, así, todos juntos, por nuestras obras antes que por nuestras palabras, merezcamos el reconocimiento de las futuras generaciones.